

Por último, al morir, dijo Renan á su mujer:

«Resignación, valor; quedan la tierra... y el cielo.»

Y á su hijo, al dictarle un artículo (deliraba, pero ¿quién sabe lo que podía haber de luz en el fuego del delirio?), un artículo que se llamaba *Ya veo claro*, le decía estas palabras, las últimas que salieron de sus labios:

«*Que salga el sol del lado del Partenon.*»

Y el *Partenon* no es el ateísmo.

.....



V

JUSTICIA DE ENERO

(6 Enero, 1893.)

Ya no está de moda, de poco tiempo acá, lo que llaman muchos el *pesimismo*, ó sea el quejarse de las evidentes tristezas, de los desengaños reales, de las deficiencias y amarguras que ofrecen á montones la naturaleza y la sociedad, su producto.

Por desgracia, las lacerias humanas no desaparecen, aunque deje de ser de buen tono el quejarse de ellas.

No seamos *pesimistas*—porque no hay para qué,—si no hemos llegado á la evidencia científica de que el universo es lo más malo que cabría imaginar que fuera: fijese bien el lector y verá que sólo tiene derecho á llamarse *pesimista*, en el riguroso, exacto sentido de la palabra, el que

haya llegado á esa conclusión: que el mundo se de la manera más mala que cabe imaginar. Pero sin llegar á tanto, bien se puede decir, aunque haya pasado la moda de hablar de Schopenhauer —habiéndolo ó no habiéndolo leído,—y aunque se tenga fe y una idealidad alumbrada por la esperanza, que en la tierra no siempre las cosas van bien, y que en la evolución, ó lo que sea, hay malos tragos, como en todo, y que aun figurándonos como segura la felicidad, y figurándonosla además como una trucha, cabe pensar que no hemos de pescarla á bragas enjutas.

Digo todo esto hoy, porque me toca escribir algunas lamentaciones literarias, y como no quiero que se me tenga por *crítico atrasado* (ó crítico *perdido*), quiero que conste que ya sé que algunos jóvenes de París han decretado la alegría universal, saludable pretensión en que les ayudan los pedagogos que se burlan de las *sensiblerías* y quieren aniquilar á los nerviosos que se quejan de vicio, y ansían vernos á todos robustos, alpinistas, y en fin, útiles para el servicio activo, por si llega el caso de que esta universal robustez y alegría general acaben como el rosario de la aurora, devorándose unos á otros esos hombres útiles para la patria que están criando los diferentes países civilizados.

Yo soy ya de otro tiempo, y sea por haber he-

cho poca gimnasia, ó por lo que sea, tengo mis murrias y á veces me desanimo y entristezco ante el espectáculo del mundo.

No saco de esto ninguna consecuencia metafísica ni poética, pero no puedo evitar que en los articulejos que, por necesidad he de escribir, se refleje ese estado de mi ánimo, el cual, repito, es muy para poco.

Ahora, por ejemplo, se me antoja pensar y sentir, con amargura, que las letras españolas (tal vez experimentando influencias generales, lo que sería más triste) (1) decaen, en el sentido de verlas con indiferencia y aun hastío la mayor parte del público... y de los autores.

Nuestro pueblo lee poco y nuestros autores apenas escriben.

Sucede con la literatura algo semejante á lo que pasa con la libertad y la democracia. Nadie les niega su valor; se las ha acogido como formas naturales de la vida moderna; pero, ¿dónde está el entusiasmo? La estadística del comercio de libros podía demostrar que hoy se vende mucho más que hace veinte, treinta, cuarenta años. Y sin embargo, es innegable que el público presencia nuestra escasa vida literaria como distraído.

(1) Véanse los negros vaticinios bien recientes del inglés Harrison acerca del porvenir de la literatura y de todo arte. Véanse también los pronósticos de Max Nordau en su obra *Degeneración*.

Dan tentaciones de creer que se compran libros y después no se leen.

Fuera de España, aun en los países en que las letras tienen más crédito, también se quejan muchos de esta indiferencia del público.

Varias causas contribuyen á este resultado: las menos seguras á mi ver, son las que parecen más profundas y transcendentales; por ejemplo, la reminiscencia hegeliana de que el arte vaya á ser reemplazado por la ciencia (1). Lo que sí hay es, que la vida moderna, tal como la entienden y practican las grandes masas humanas, tiende á apagar la imaginación; el exceso de actividad interesada, prosáica, de un positivismo tan evidente como limitado, deja á los más poco ó ningún tiempo para soñar; y sin ensueños no hay verdadera literatura artística, poética.

Otro sí: cierta falsa democracia ha invadido la literatura; los autores, al recurrir, en busca de mayor gloria y más provecho, al sufragio universal, á los grandes éxitos de las ediciones de cien mil ejemplares, han trabajado no poco para convertir al público vulgar en crítico y aun en *aficionado*.

Pocos serán los lectores insistentes, los que siguen con asiduidad, y sacrificándole tiempo y

(1) Esta es la idea de Max Nordau en la obra citada.

dinero, el movimiento literario, que no tengan, más ó menos latentes, aspiraciones de autor ó por lo menos de crítico. De aquí dos males: que el público se ha puesto á escribir; y aprovechando ciertas ventajas que el hábito, la herencia y la rutina facilitan á la cultura moderna, han llegado á producir los más adocenados escritores obras que los lectores, adocenados también, y los críticos, de la misma procedencia, encuentran tan dignas de atención como las del más pintado; y así como no hay ciudadano que no se crea apto para la política, no hay lector que no sea crítico, y hay muchos que también son autores. Tenemos, pues, la invasión de lo vulgar, de la pacotilla, que produce novelas, cuentos, artículos *varios* con una rapidez y abundancia de fábrica, que asusta y desconsuela; y tenemos además el prurito herpético, que podría llamarse, del criticismo ramplón. El vulgacho goza ya más juzgando que admirando, y esto equivale á tener un público con microbios.

Por lo que toca á España, hay que añadir que, como la producción literaria da muy poco dinero y no da mucha consideración social, no sólo el vulgo que produce *hace la competencia* á los verdaderos escritores, sino que éstos le van cediendo el campo, no poco á poco, sino muy de prisa. Para verlo no hay más que repasar la lista de los auto-

res que aquí se han jubilado y siguen jubilándose.

De modo que, como lo prueban las modestas revistas bibliográficas que los periódicos publican en cualquier rincón, aquí no es la plebe literaria quien se va al monte Aventino, sino la aristocracia, el patriciado; y los que dan tormento á las prensas y llenan los escaparates de las librerías son los del montón anónimo, que están haciendo de escritores, sin perjuicio de ser también diputados.

Obras del autor, se lee en el forro de multitud de libros anodinos; y aquel Fulano demuestra, en efecto, con hechos, que ya lleva publicadas ocho ó diez novelas y que tiene entre ceja y ceja, ó *en preparación*, como él dice, otras diez ó doce. Y esto en un país en que uno de los hombres notables que pasa por ser de los mejores filósofos que tenemos, no ha escrito ningún libro de filosofía; y es claro que me refiero al Sr. Salmerón.

¿No es triste cosa que *dejen* docenas de libros tantas ilustres nulidades, y se vayan al otro mundo sin dejar nada hombres de tanto mérito, cada cual á su modo, como Tomás Tuero, el redactor de *El Liberal*; Enrique Hernández, el redactor de *El Imparcial*, y Cristino Martos, el gran orador del Parlamento?

El público abre el paraguas ante el chaparrón de tinta de imprenta que nada le enseña, y le abu-

re; y como la crítica no le ayuda á discernir, huye del agua fría, de todo lo impreso y reducido á volumen en venta; y su indiferencia perjudica á todos, y falta aliciente á los pocos que podrían producir verdadera literatura; y no la producen sino algunos, y esos de tarde en tarde, sin entusiasmo, sin esperanza, unos por necesidad económica, otros por costumbre ó por deber. ¿Cuánto tiempo hace que callan, v. gr., Valera como novelista, Núñez de Arce poeta, Tamayo poeta, Giner filósofo y crítico?

Martos, en otro país, probablemente no hubiera muerto sin dejar más rastro de su talento de hablista y de hombre de Estado que sus discursos de las Cortes, los más obras de circunstancias que pierden mucho de su valor en pasando el tiempo que las hizo aparecer. Martos, como Ríos Rosas, como Olózaga, como Posada Herrera, en otro país hubiera juntado á su labor parlamentaria el producto literario, escrito, de su ciencia y su experiencia políticas, en libros de sociología, ya histórica ya filosófica.

Hernández, el autor de las *Misceláneas* de *El Imparcial*, como hoy sabemos muchos, no todos, y dentro de algunos años no sabrá nadie más que algún erudito, hubiera casi de seguro empleado su gran arte de satírico epigramático en algo más que la política del día, y hubiera podido ser un Mar-

cial en prosa de nuestras costumbres públicas.

Tomás Tuero... era ante todo un artista, un creador de delicadezas literarias; pero no tuvo la virtud de trabajar sin aliciente. No sabía ser planta de estufa, alimentar su ingenio con el calor de la artificiosa popularidad que aquí se conquista á fuerza de gacetillas de amigos, de caritativa propaganda periodística... Prefirió llevar á la vida de su fantasía los esfuerzos que habia de gastar en el papel; no hizo libros, hizo poemas... de un solo ejemplar, para el autor, no en papel de la China, sino en la tela sutil y misteriosa con que tejen las hadas sus sueños. ¡La de amores ideales *en preparación* que se habrá llevado Tuero á la otra vida!

¡Oh! sí, ¡se necesita mucho amor al arte, ó mucha vanidad, ó mucha falta de cuatro cuartos para *insistir*, en esta patria en que ha habido genios recaudadores de contribuciones, pero jamás primeros contribuyentes!

Pero... ¿es esta una *revista* literaria?

¿Por qué no?

He hablado de tres hombres de letras que han muerto sin querer publicar libros en competencia con los señores Mengano y Zutano, etc., etc., que me tienen invadida esta mesa en que escribo, con tomos formidables y llenos de amenazas de futura fecundidad...

Ahí están, y serios, mudos para mí, intensos, esperando que la plegadera acaricie sus hojas.

Tengo por plegadera un puñal y tentaciones me dan de ir hundiéndolo en cada volumen, no cortándolos por los pliegues, sino atravesándoles el lomo...

¿Qué menos puedo hacer hoy, en honor de los hombres de talento literario que han muerto sin querer publicar libros, que guardar silencio respecto de los pobres diablos que no han debido publicarlos?



VI

EL TEATRO DE ZORRILLA

(7 Febrero, 1893).

Aunque no oso llamarme crítico, en ocasión tan seria y solemne, á lo menos, algo muy pensado y muy sentido puedo y tengo de decir, no solo del teatro de Zorrilla, sino de todo lo que fue el gran poeta; pero esto no cabe en improvisaciones de tal género; y consagrar al estudio de Zorrilla mucha atención y mucha lectura, es para mí hasta un deber sagrado, pues en una súplica cortés, la mayor honra que recibí en mi humilde vida literaria, el maestro inmortal indicó el deseo de que yo ¡tan indigno! hablara de sus cosas; y en carta, que ha de conservar el doctor Cano, consta esa voluntad del poeta.—Mas antes que yo la cumpla ha de pasar tiempo, pues para conside-

rarme lo más digno que pueda de tal honor, necesito estudiar, meditar mucho, y hasta cierta purificación de espíritu, de modo que yo á mis solas entiendo.—Conste, por lo tanto, que lo que ahora escribo no es un juicio definitivo, ni total siquiera acerca de Zorrilla como poeta dramático. No tengo en la memoria todas las escenas de sus muchas comedias; es claro que ni una sola de estas he dejado de leer, pero hay varias que no puedo tener presentes y no hay tiempo, en el plazo que me dan, para repasarlas. Y, sin embargo, un juicio completo del poeta dramático no puede formarse sin recordar todas sus obras de este género; no quiero hacer como otros que pretenden juzgar todo el teatro de Zorrilla tomando en cuenta tres ó cuatro de sus dramas principales. No está todo Zorrilla dramaturgo en *Don Juan Tenorio*, *Traidor, inconfeso y martir* y *El zapatero y el rey*, segunda parte, aunque en eso esté lo mejor de tal Zorrilla.

No pudiendo juzgar su teatro en general, escojo por materia aquella parte de que puedo decir algo con más clara conciencia de lo que digo; escojo hablar de las obras de Zorrilla que he visto representadas. Como indica *Fernanflor*, tratando de este poeta, no cabe apreciar la obra teatral en todo su valor si no se vé en las tablas. Esto, en general, es cierto, particularmente res-

pecto del teatro moderno. Yo he visto *Don Juan Tenorio* muy bien representado por Calvo y Elisa Boldún; he visto *El zapatero y el rey* (2.^a parte) representado admirablemente por Vico y Perrín; he visto *Traidor, inconfeso y martir...* medianamente representado por un galán que opinaba, al parecer, que Gabriel Espinosa debía de semejarse mucho á D. Nicolás Salmerón. He visto también *El puñal del godó...* á muchos aficionados, y he visto algún otro drama del insigne autor á cómicos medianos, sin conservar claro recuerdo de estos últimos espectáculos. Hablaré no más de *Don Juan*, *Traidor*, etc., y *El zapatero y el rey*, aunque en las reminiscencias de otros dramas (v. gr. *El eco del torrente*, *Vivir loco y morir más*) se fundarán algunas de las siguientes observaciones.

*
* *

Zorrilla es ante todo un poeta lírico... más á condición de dar á la palabra un sentido lato que pueda comprender el elemento épico, pero muy *musical*, de las leyendas y en general de la vena descriptiva y narrativa, tan abundante, rica y *poética* en Zorrilla. Para Taine, Zorrilla, si pudiera conocerlo, sería el poeta por excelencia á juz-

gar por lo que dice el crítico francés del poeta inglés antiguo que más lleno de poesía le parece. En nuestro gran romántico hay mucha más imaginación que sentimiento; siente y piensa pintando y cantando el mundo exterior; hasta lo más hondo en él es en cierto modo exterior: su religiosidad patriótica, su patriotismo legendario. La *psicología* de Zorrilla está como incorporada á la *psicología nacional*, como diría un alemán: es lo más *intimo* de Zorrilla un capítulo de la *psicología estética* de España: tal vez, como el de Castelar, uno de los más importantes en el siglo diecinueve.

La poesía de Zorrilla es principalmente el amor á la patria en su historia, pero en la historia artísticamente trasportada, la historia en lo que tiene de leyenda: más téngase en cuenta también que la *leyenda es historia*. Sí, ya se ha dicho: la leyenda es parte de la historia de los que forman y crean la leyenda.

Este carácter general, predominante de la poesía zorrillesca (mal adjetivo por la terminación) alcanza al teatro. La *leyenda* es ya un género intermedio, y sin brusca transición llega Zorrilla á su drama, también legendario (ó leyendario). Sus dramas mejores son leyendas patrióticas llevadas con gran maestría, con perfecto *desarrollo* dramático á la vida real de las tablas. Por ser el tea-

tro de Zorrilla un natural complemento de su genio, no se puede decir de este gran lírico lo que se dijo de Goethe y de Victor Hugo: que sus dramas eran inferiores á su obra lírica. No; *Don Juan Tenorio* no es inferior á nada. Yo admiro los *Cantos del Trovador*, yo admiro otras muchas poesías de Zorrilla, pero no más que el don Juan *sugestivo*, que se *filtra* en la celda y en el alma de doña Inés y que la enamora á orillas del Guadalquivir, y nos enamora á todos.

*
*
*

Es claro que *Don Juan Tenorio* es el mejor drama de Zorrilla. *El Trovador* y *Don Juan Tenorio* son los mejores dramas de todos los españoles del siglo XIX. Digo que son los mejores, no los más perfectos; eso no, antes los más imperfectos entre los mejores. Yo admiro también el *Don Alvaro*, admiro *Traidor, inconfeso y martir* y también en *Los Amantes de Teruel* encuentro las bellezas que cualquiera verá; pero hay un género de hermosura en algunas cosas del *Trovador* y el *Don Juan* que no hay en ninguna otra parte del teatro español moderno. Dejaré ahora el *Trovador*, que tuvo menos suerte que *Don Juan*,

pues no se trata aquí de García Gutiérrez. *Don Juan Tenorio* es grande, como lo son la mayor parte de las creaciones de Shakespeare: de un modo muy desigual y á pesar de la desigualdad. Al *Tenorio* le encuentran defectos hasta los estudiantes de retórica; de Hamlet se han burlado Moratín y el mundo entero, y en nuestros días aun Sardou hace poco descubría contradicciones é incongruencias en el ilustre soñador del Norte. En *Don Juan*, aunque no hay ciertas faltas de gramática que han visto el autor y muchos gacetilleros, existen multitud de pecados capitales que condenan, no las reglas de Aristóteles, sino las reglas eternas del arte. En la segunda parte es mucho más lo malo que lo bueno, y aunque al público le interesan vivamente las escenas en que intervienen los difuntos, la belleza grande, lo excepcional queda atrás, en la primera parte. El que se precie de hombre de cierto buen gusto necesita ser capaz de admirar con inocencia y sin cansancio, y admirar la belleza donde quiera que esté, aunque la rodee lo absurdo. Una buena prueba de gusto fuerte, original, se puede dar entusiasmándose todos los años, la noche de ánimas, entre el vulgo bonachón y nada crítico, al ver á Don Juan seducir á doña Inés y burlarse de todas las leyes.

Parece mentira que sin recurrir á la ternura piadosa se pueda llegar tan adentro en el alma

como llegan la frescura y el esplendor de la primera parte del *Don Juan*. La seducción *graduada* de doña Inés la siente el espectador, vé su verdad porque la experimenta. Triunfo extraño, tratándose del público de los varones, porque por lo común á los hombres nos cuesta trabajo figurarnos lo que las mujeres sienten al enamorarse de los demás. ¿Cómo puede gustar el varón? se dice el varón constante. Pues cuando el arte llega muy arriba vemos el amor de la mujer explicado, porque de cierta manera anafrodítica nos enamoramus también de los heroes. Este es el triunfo del *Tenorio*; que nos seduce, y por esta seducción se lo perdonamos todo: pecados morales y pecados estéticos.

*
**

Traidor, inconfeso y martir no se ha de comparar á *Don Juan*, si se compara es que no se comprende qué clase de excepción es el *Tenorio*; es más, comprendo que el que compare ambos dramas vea superioridad en el que Zorrilla prefería.

En pocas partes se parece menos Zorrilla á sí mismo que en *Traidor, inconfeso y martir*; no porque falten aquí sus facultades poderosísimas, sino porque faltan sus defectos, tan suyos; por los

que se le reconoce como si fueran un estilo. En punto á forma correcta, noble, eufónica, eurítmica el *Traidor* es una maravilla, y tratándose de su autor maravilla doble. El *Traidor* es á Zorrilla lo que *El castigo sin venganza* á Lope. Hasta en la composición sabia, ordenada, sobria y atenta al contrapunto dramático, Zorrilla parece otro; y eso que se debe notar que á pesar de haber escrito el gran poeta casi todas sus obras á *la diable*, como él mismo declara, el gran instinto dramático que tiene le da hechas casi siempre unas exposiciones, unos primeros actos que son obras maestras de lo que las reglas clásicas piden en esta materia para despertar el interés y atraer con la armonía. Sea ejemplo este mismo drama, el *Traidor*, y sea ejemplo el primer acto de *El zapatero y el rey*, primera parte.

En cuanto al fondo, sería absurdo igualar á Gabriel Espinosa con Don Juan; el pastelero es un romántico *misterioso* más, de la clase de los ilustres, sí; pero un producto del romanticismo de la época; como lo es también doña Aurora, digna compañera de la valiente doña Mencía de García Gutiérrez y de la Isabel de Hartzzenbusch; pero Don Juan y Doña Inés no son *románticos*... son clásicos, del clasicismo perdurable.

*
* *

El zapatero y el rey, segunda parte, yo no puedo juzgarlo serenamente, porque es el libro por que aprendí á leer, y que me hizo de por vida aficionado á las letras. Lo sé de memoria y cuando hace un año Vico lo representaba en Gijón, pude advertirle, con gran asombro suyo, que se había comido una redondilla en el monólogo del primer acto.

Una de las cosas más tiernas, más naturalmente sentimentales que ha ideado Zorrilla, es la amistad de Don Pedro el Cruel y el zapatero y capitán Blas Pérez, amistad que comienza en el primer acto de la primera parte y acaba en el campo de Montiel, al terminar la segunda. El Don Pedro de Zorrilla no es ni más ni menos histórico que el de muchos eruditos, pero en la historia *poética* de España es rigurosamente clásico.

También Don Pedro enamora; desde que tengo uso de razón, y aun desde antes, yo soy un *vasallo* fiel de Don Pedro; y siendo republicano, también desde niño, para darme cuenta de lo que podían sentir los monárquicos sinceros, cuando los había, cuando lo eran por la *gracia* del rey, no por el compromiso constitucional, necesito recordar lo que yo sentía por el hermano de don Enrique, por el *león* acorralado en el castillo de Montiel.

Y esta impresión viva, *natural*, fuerte del pa-

tos realista se la debo á Zorrilla. Don Pedro, como Don Juan, tampoco es romántico á lo misterioso y *fatal* como lo son Don Alvaro, el pastelero de Madrigal, etc., etc. Don Pedro es romántico como lo son los Don Pedro del teatro español antiguo y otras grandes figuras de Lope, Calderón, Tirso, Rojas, etc., etc.

El zapatero y el rey también ofrece en la composición mucho que admirar, arte exquisito, sobre todo en el segundo acto, que es un cuadro, cuando se representa bien, digno de Rojas en su mejor inspiración, digno de Lópe cuando *quiere*. Y de ellos parece.

*
* *

Y á todos ellos se parece el romanticismo de Zorrilla en sus dramas mejores, si no en el modo de entender el asunto, en la forma dramática y en la poética.

Se va el correo y tengo que terminar este articulejo; pero si tuviera tiempo me detendría á considerar, que si nada hay más anticuado por ser muy de su tiempo exclusivamente, que el romanticismo formal de los versos de Zorrilla mismo en muchas de sus poesías líricas primeras y el de los versos de algunos contemporáneos su-

yos, lo que es la *forma* retórica de los dramas principales de Don José, ni está anticuada, ni lo estará ya nunca, porque tienen la frescura de lo criado para eterno... eterno á lo menos mientras haya castellano. Sí, cabe decirlo, sin declamaciones ni hipérbolos: no se concibe que muera la forma de Zorrilla, dramática y lírica, mientras haya quien sepa español. Zorrilla es ante todo, en el teatro y fuera, el *poeta del idioma*; no uno de esos que tienen toda la poesía en las palabras; no es eso; no es poeta formal en este sentido. Es que el idioma es un *verbo*, el *verbo* nacional, y la musa de Zorrilla es el *verbo* de su patria, el poético.

En la lengua castellana *late* un genio nacional; este genio encarna principalmente no en aquellos grandes artistas que serían elocuentes en cualquier idioma, sino en los que, como Castelar en prosa y Zorrilla en verso, no se concibe que sean poetas más que en castellano.

.....